



La religión que hay en las religiones

Ante la cal de una pared que nada nos veda imaginar como infinita un hombre se ha sentado y premedita trazar con rigurosa pincelada en la blanca pared el mundo entero: puertas, balanzas, tártaros, jacintos, ángeles, bibliotecas, laberintos, anclas, Uxmal, el infinito, el cero.

Puebla de formas la pared. La suerte que de curiosos dones no es avara, le permite dar fin a su porfía. En el preciso instante de la muerte descubre que esa vasta algarabía de líneas es la imagen de su cara

Jorge Luis Borges

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

Presentación

Enseña la historia que, prácticamente desde el instante mismo en que nuestro planeta se pobló de seres humanos, existen en él huellas religiosas que aún perduran, y que cualquier antropología que se precie hará bien en rastrear si quiere entender lo esencial, pues todo pensamiento que no se decapita desemboca en la trascendencia. El ansia de eternidad es innata en los seres humanos: nunca como al morir un ser querido necesitamos que viva eternamente.

De todos modos, una cosa es analizar y entender estas ideas, y otra vivirlas, pues la experiencia religiosa emana del hondón del alma, no es un discurso ni un catálogo de frases brillantes, no es algo de lo que se habla, sino en lo que se está, una experiencia fundante de todas las demás. Desde cualquier perspectiva se puede estudiar el hecho religioso; más aún, desde cualquier religión se puede aprehender la profundidad experiencial de todas las demás sin necesitar por ello abandonar la propia fe, y menos aún echarse en los brazos de otras.

Acostumbra a dividirse entre religiones de Oriente y religiones de Occidente, criterio que sin embargo por dos motivos nos parece inadecuado. Primero, porque todas las religiones —las orientales y las occidentales— han nacido en lo que geopolíticamente llamamos Oriente, ya sea en el oriente próximo (judaísmo, cristianismo, islamismo), ya en el remoto (hinduismo, budismo). Y, después, porque en la actualidad se han extendido con distinto vigor y ritmo a lo largo y ancho del planeta Tierra, aunque hoy prevelezcan en determinadas zonas.

Tampoco nos termina de agradar el criterio taxonómico que separa a las religiones en sapienciales (hinduismo, budismo) y en proféticas (judaísmo, cristianismo, islamismo), pues ¿cómo ignorar la carga sapiencial de estas últimas, especialmente relevantes en los Salmos judíos?

Conscientes, en todo caso, de la inexactitud de toda agrupación, podríamos clasificarlas en religiones transpersonalistas (hinduismo, budismo) y personalistas comunitarias (judaísmo, cristianismo, islamismo), que ofrecen la salvación a la persona en comunidad histórico-profética, y que son a la vez religiones monoteístas y del libro.

No faltan en el mundo, sin embargo, las personas que se autoproclaman religiosas pero sin religión definida, con una religiosidad más o menos individual, al margen de las Iglesias y de las grandes religiones. Ahora bien, por muy subjetiva y diferenciada que llegara a ser tal experiencia, dudamos mucho de su originalidad, dado que fuera de las grandes religiones sólo cabe sincretismo. Esto no impide que en las grandes religiones «sin libro» oficialmente vinculante (hinduismo, budismo) y sin Iglesia, se propicie la religiosidad más o menos heterodoxa, su mutación y su carioquinesis. Semejante tendencia se encuentra también presente, aunque en menor medida, en las religiones del libro (Biblia judía, Biblia judeo-cristiana, Corán islámico), donde tampoco han faltado a lo largo de los siglos rupturas y cismas, aunque en este caso siempre por la pretensión de la interpretación correcta del «Libro». Si las diversas secciones de la misma vidriera refractan una misma luz en diferentes colores, ¿cómo evitar en la experiencia religiosa la tensión entre la afirmación y la negación, la inclusión y la exclusión, la identidad y la diferencia? En el siglo XIX, Alexander Campbell, incapaz de unificar a los protestantes como deseaba, terminó fundando otra confesión cristiana, la de los «Discípulos de Cristo» o «Iglesia cristiana». A escala mundial, la misión de Baha'u'llah tuvo el mismo final: el bahaísmo, surgido con la esperanza de reunir las principales religiones, acabó constituyéndose en nueva religión. Sea como fuere, esperamos que estas páginas ayuden a las personas de religiosidad difusa (o «posmoderna») a reconocer su cercanía con las grandes experiencias de la humanidad, y a los agnósticos —por qué no— a dejarse interpelar por las luces que vienen de lo alto.

Religiones transpersonalistas orientales, religiones personalistas occidentales: ¿no será ella una división anterior a la célebre «globalización»? Se teme la mundialización que impondrá el inglés, pero ¿se ha caído en la cuenta de que el modelo de milenio fue ya san Pablo, que nació en Persia en una familia judía que hablaba griego y latín, que leía la Torá en hebreo, que vivió en Jerusalén, y que viajó mucho con pasaporte romano? Y es que la religión tiene mucho que ver con la vida cotidiana. Cierta día un sabio visitó el infierno, donde vio a mucha gente sentada en torno a una mesa ricamente

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

servida, llena de alimentos a cual más apetitosos y exquisitos. Sin embargo, todos los comensales tenían cara de hambrientos y el gesto demacrado, pues obligados a comer con palillos tan largos como un remo no lograban hacerlos llegar a sus bocas, y por más que estiraban su brazo nunca conseguían nada. Impresionado, el sabio salió del infierno y subió al cielo. Con gran asombro, vio que también allí había una mesa llena de comensales y con iguales manjares. En este caso, sin embargo, nadie tenía la cara desencajada; todos los presentes lucían un semblante alegre, respiraban salud y bienestar por los cuatro costados: allí, en el cielo, cada cual se preocupaba de alimentar con los largos palillos al que tenía enfrente.

Pero creer no es tan sencillo, a no ser para los sencillos. Para un creyente monoteísta, el silencio de Dios es la realidad más difícil de sobrellevar al comienzo de la vida de oración. Es preciso aprender a sentarse, a no hacer nada delante de Dios, sino a esperar y gozarse de estar presente ante el Presente eterno. Esto no es brillante, pero, si se persevera, irán surgiendo otras cosas en el fondo de este silencio e inmovilidad. El camino para llegar hasta sí mismo, y de sí mismo hacia Dios, es a menudo muy largo. ¿Tendremos que terminar envejeciendo, tanta paciencia necesitaremos para alcanzar por la oración la gracia de la oración? Tal vez, pero envejecer junto a Dios es permanecer siempre niño. En Oriente, en efecto, a cualquier monje se le llama «anciano», aunque tenga veinticinco años, pues el ideal es llegar a viejo con luegos y albos cabellos sin perder la mirada del niño. Decía Picasso que, para llegar a pintar como el niño, el adulto necesita mucho tiempo. Para que un adulto llegue a poseer los ojos del niño necesita el amor de caridad, que hasta cierto punto es más fácil de practicar que la esperanza, pues aquélla, la caridad, se apoya en lo que se ve y se ama, mientras que ésta, la esperanza, vive únicamente de signos e indicios respecto de lo invisible; pero sobre ambas lo más difícil es la fe, pues ella consiste en llegar a creer y a amar lo que no se ve en absoluto. Y esto puede llevar mucho tiempo y mucho silencio, toda una vida. Sin embargo, aunque pueda parecer mucho para el hombre, para la paciencia del Dios que nos mira bien predispuesto

como a hijos suyos no cuenta el tiempo humano, esa es nuestra gran ventaja.

Desde ese silencio el creyente monoteísta (personalista y comunitario) continuará rezando, no hasta que Dios escuche lo que le pide, como suele pensarse, sino hasta ser él mismo quien escuche lo que Dios le pide a él. Orar es escuchar cada vez más a Dios, y menos a nosotros mismos. Tampoco se trata de decirle a Dios que le amamos, sino de recordar que Él nos ama como sólo Él puede amar. Entonces el orante experimenta cierta plenitud, pues la oración se filtra por todos los poros de su alma para plenificarla. Si esta oración cesara, el mundo perecería al perder su sentido.

Pero ¿y si, pese a implorar la amistad de Dios, no se logra? Entonces hay que ser humildes, es decir, confiar en Dios, en que lo que nosotros no podemos sí lo puede Dios, y en que Dios confía en nosotros. La humildad no consiste en valorarse poco o mucho a sí mismo, sino en mirar a Dios antes que a uno mismo, y en medir el abismo que separa lo finito de lo infinito. Así lo ve Job en el estercolero de su vida. Cabe tener miedo de los acontecimientos, e incluso de nosotros mismos, pero no de Aquél que dirige los acontecimientos, ni pensar que lo que nosotros no podemos no lo pueda tampoco Dios. «Y, cuando te hayas vuelto así hacia Dios, no vuelvas más sobre ti mismo. No te preguntes dónde estás con respecto a Dios. La tristeza de no ser perfecto y de encontrarse pecador es todavía un sentimiento humano, demasiado humano. Es preciso que levantes tu mirada más arriba, mucho más arriba, a Dios, a la inmensidad de Dios y su inalterable esplendor. El corazón puro es el que no cesa de adorar al Dios vivo y verdadero. Se interesa profundamente por la vida de Dios y es capaz, en medio de todas sus miserias, de vibrar con la eterna alegría de Dios. Un corazón así está a la vez despojado y colmado. Le basta que Dios sea Dios. En eso mismo encuentra su paz. La santidad es ante todo un vacío que se descubre y se acepta, y que Dios viene a llenar en la medida en que nos abrimos a su plenitud».

¿Cuándo es más de noche? Cuando la rana, deseando hacerse como el buey, se hincha, y explota. Cuando para perseguir el ideal de santidad realizo esfuerzos éticos agotadores que hacen penosa mi vida y que además no tienen gran valor a los ojos de Dios, antes al

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

contrario pueden constituir un pecado de autolatría. No nos pase como a aquel caballero de la armadura oxidada, que de tanto hacer obras buenas, se volvió malo: «Nuestro caballero era famoso por su armadura. Reflejaba unos rayos de luz tan brillantes que la gente del pueblo juraba haber visto el sol salir en el norte o ponerse en el este cuando el caballero partía a la batalla. Y partía a la batalla con bastante frecuencia. Ante la mera mención de una cruzada, el caballero se ponía la armadura entusiasmado, montaba su caballo y cabalgaba en cualquier dirección. Su entusiasmo era tal, que a veces partía en varias direcciones a la vez, lo cual no es nada fácil. Durante años el caballero se esforzó en ser el número uno del reino. Siempre había otra batalla que ganar, otro dragón que matar u otra damisela que rescatar. Con el tiempo, el caballero se enamoró hasta tal punto de su armadura que se la empezó a poner para cenar y, a menudo, para dormir. Después de un tiempo ya no se tomaba la molestia de quitársela para nada. Poco a poco, su familia fue olvidando qué aspecto tenía sin ella». Al final, cuando quiso quitársela, ya era tarde: la armadura se había apoderado de él.

¿Cuándo es más de noche? Cuando creo que debo amar primero a los hombres y luego a Dios, pero eso no sirve para nada, pues nadie es tan perfecto como para merecer amor incondicional, ni tan fuerte como para entregarlo si no recurre más que a la propia buena voluntad. Si, por el contrario, empiezo por amar a Dios sintiéndome amado incondicionalmente por Él, en este amor encuentro a mi prójimo, y en ese amor los antiguos enemigos son mirados y amados como criaturas divinas. Entonces, cuando miro al otro desde ahí, para él también es de día. ¿Cuándo es más de noche? Cuando tenemos un encuentro con los sacramentos sin encontrarnos con el Señor de los sacramentos. ¿Cuándo es más de noche para ti? Díselo al señor de la luz, y tu alma quedará iluminada. Su luz es más fuerte que tu cruz.

El filósofo judío Martin Buber cuenta la historia del rabino Souziya, que podría resultar ilustrativa al efecto. En efecto, llegado el rabino a una posada se da cuenta al instante de la perversión en que vive el posadero, el cual le pregunta qué desea: «Nada, responde el rabino,

sólo un rincón donde poder orar». El posadero masculla: «¿Qué tipo de hombre será este que, tras largo camino, cubierto de polvo y hambriento, sólo pide un rincón para orar?» Para espiarle entra y escucha cómo Souziya pide perdón a Dios por la vida del posadero como si fuese la propia. De este modo el posadero se encuentra cara a cara consigo mismo, arrepintiéndose y comenzando una nueva vida. Souziya decía: «Cuando un hombre que acude a verme no quiere arrepentirse, yo desciendo paso a paso a lo más profundo de su pecado y, cuando he alcanzado el fondo de su alma, ato la raíz de mi alma a la raíz de la suya y ya, uno con él, empiezo a arrepentirme de nuestro pecado, no quedándole más remedio que arrepentirse conmigo, puesto que los dos somos uno». Así es el hombre de oración. Ahí es donde se revela el verdadero amor por el hermano cuyo pecado y sufrimiento se sienten como propios. Los hombres de oración son columnas de la humanidad.

El que te creó sin ti no te salvará sin ti. Dios sólo ayuda a quien hace por ayudarse a sí mismo. Feliz el que te ama a ti, al amigo en ti y al enemigo por ti. No pierdes a ningún ser querido aquel para quien todos son seres queridos en Aquel que nunca se pierde. ¿Quieres tener a Dios de tu parte? Es muy sencillo: ponte tú de parte de Dios. Cuando nosotros hacemos la voluntad de Dios, entonces se hace la voluntad de Dios en nosotros. Dios está en todas partes. Por tanto, si tú no quieres apartarte de Él, Él no podrá apartarse de ti. Ningún hombre es veraz si Dios, que es la Verdad, no habla en él. Pero ¿cuándo habla Dios en el hombre? Cuando el hombre está lleno de Dios. Por lo demás, no olvides que Dios salva de continuo a muchos que jamás le devuelven el saludo. Tampoco olvides que Dios llena los corazones, no los bolsillos.

Todas, o casi todas estas afirmaciones son comunes a judíos, cristianos e islámicos, incluso a hindúes, y desde otra perspectiva también a budistas. Incluso el no creyente puede sentirse interpelado por ellas, si su espíritu es de búsqueda o cuando menos de respeto y de diálogo. Experiencias tan profundas y, cuando son verdaderas, tan radicales ¿cómo no iban a llamar la atención de quienes se dicen increyentes?